-¿Cómo hacen las lombrices para respirar abajo de la tierra?

Eso me preguntó el otro día uno de mis mellizos de cinco años cuando estábamos jugando en casa en el jardín y de repente se asomó una lombriz de uno de los canteros.

Los chicos hacen preguntas como éstas todo el tiempo y, en general ¿qué pasa? se nos pasan de largo. Si justo da la casualidad de que sabemos la respuesta ¿qué solemos hacer? se las decimos ¿no? y ya está. Pero, en general, convengamos que no la sabemos, y ahí ¿qué solemos hacer? les decimos:

-Bueno, andá a buscar.

O:

-No sé.

O pasamos a otra cosa.

Pero yo creo que en esas preguntas curiosas de los chicos hay una enorme oportunidad que podemos aprovechar.

Desde hace casi 20 años me dedico a la educación. Trabajo con escuelas, con maestros, con directores, tratando de potenciar lo que pasa en el aula para formar chicos curiosos, con pensamiento crítico y preparados para la vida. Y desde hace cinco años también soy madre y en estos años de charlas con madres y padres amigos y conocidos, todos me hacen siempre la misma pregunta:

-¿A qué escuela me conviene mandar a mis hijos?

Y, por supuesto que elegir escuela es un tema muy importante. Podemos hablar de eso un rato largo. Pero creo que en esa preocupación por la educación de los chicos tan centrada en la escuela, en el afuera, hay algo grande que nos estamos olvidando, algo que muchas veces se nos pasa por delante de la nariz sin que nos demos cuenta: ¿cómo los educamos en casa?

Y, con educación en casa no estoy hablando de enseñarles a portarse bien en la mesa, decirle gracias a la abuela o comparitr con los hermanos, no. Tampoco estoy hablando de sacar a los chicos de la escuela y educarlos nosotros mismos, claro que no. Estoy hablando de otra cosa, mucho más grande, mucho más profunda. De cómo se construye el vínculo de los chicos con el conocimiento, de cómo se gesta  su amor por aprender. Porque eso es lo que puede hacer toda la diferencia en sus vidas. Porque les va a dar las herramientas pero, sobre todo, el deseo y el compromiso de seguir aprendiendo siempre. Y eso se teje en casa, desde que los chicos son muy chiquitos, desde los primeros años de vida hasta que van creciendo. Y se teje en lo cotidiano, en las interacciones con los padres pero también con los hermanos, con los tíos, con los abuelos y hasta a veces, con amigos de la familia.

¿Pero cómo hacemos para despertar el amor por aprender en casa? ¿Qué hacemos? ¿Tenemos que dejar de trabajar y estar todos los días con los chicos? ¿O nos ponemos a armas actividades sofisticadas después de un largo día de trabajo, volvemos agotados

y encima tenemos miles de cosas por resolver?

La verdad, no se sabe con certeza cómo se hace. Pero hay un buena noticia: hay algunas ideas muy probadas que vienen del campo de la educación, abaladas por décadas de investigación académica, que yo creo que nos pueden dar buenas pistas para orientarnos. Y lo mejor de todo es que son fáciles de traducir en casa, cosas que hacemos todo el tiempo con los chicos.

Vengo investigando en estos temas y hoy les quiero contar algo de lo que encontré pensando en tres de las interacciones clave que tenemos con los chicos: ¿cómo respondemos a sus preguntas?, ¿cómo conversamos con ellos? y ¿cómo los elogiamos cuando hacen algo bien?

Vamos con la primera de las preguntas: ¿cómo respondemos a las preguntas de los chicos?

Desde hace tiempo sabemos que para despertar y, sobre todo, para sostener las ganas de aprender, hace falta generar el hábito del aprendizaje profundo. ¿Qué es aprendizaje profundo? Es cuando vamos aprendiendo un tema, ir desentrañándolo, de a poco, buscando cómo se conecta con otros temas, cómo se conecta con nuestra vida, mirándolo desde muchos puntos de vista posibles. Y digo que eso ayuda a sostener las ganas de aprender porque, a medida que nos vamos haciendo expertos en algo, a medida que conocemos algo bien, vamos ganando confianza en nuestra propia capacidad como aprendices. Y eso nos ayuda a seguir.

Y aquí el secreto: las preguntas curiosas de los chicos son un punto de partida único para generar ese aprendizaje profundo.

Les cuento cómo siguió el episodio de las lombrices. Aprovechamos la pregunta para hacer una exploración que duró un rato largo. Primero, ¿qué hicimos?, sacamos a las lombrices de la tierra, las toqueteamos un poco, las miramos. Al principio no las querían agarrar pero... Les da un poco de impresión, ¿no? Y después, al rato, lo que no querían, obviamente, era devolverla. Nos pusimos a buscar información sobre lombrices. ¿Cómo hacen la lombrices para respirar abajo de la tierra? ¿Cómo hacen para comer abajo de la tierra?

Encontramos cosas de lo más interesantes. Por ejemplo, las lombrices tienen diez corazones y nosotros sólo uno, dato importante. O, la caca de lombrices es genial para las plantas.

Las perlitas de la búsqueda fueron unos videos de varias lombrices saliendo de adentro del mismo capullo, que vimos decenas de veces. Acá está el dibujo que hicieron después. Ahí está el capullo, las lombrices saliendo. La grandota que está al lado es la mamá. La parte de ficción, ¿no?, porque las mamás lombrices a sus crías no las cuidan ni un poquito, pero me daba como no sé qué romperles la ilusión, así que no les dije nada.

Después, a alguno de mis hijos se le ocurrió preguntar:

-¿Y cuál es la velocidad de una lombriz? ¿Cuán rápido puede ir?

Y estábamos por ir a buscar el dato en internet. Vieron que en internet uno encuentra de todo, ¿no? Ponés "velocidad de una lombriz" y algo te sale. Entonces dijimos:

-No. ¿Si lo medimos nosotros?

¿Cómo se hace para medir la velocidad de algo? Y se nos ocurrió hacer una pista de carreras para lombrices y ponerlas a correr.

La verdad, que la carrera muy bien no funcionó, porque las lombrices no se dieron por enteradas y no iban para el mismo lado. Es más, la pista estaba seca, entonces, las lombrices no resbalaban mucho que digamos y, entonces, mis hijos iban tratando de ponerles unas gotitas de agua a cada lombriz para que resbalaran mejor y de paso le dan un empujoncito a la suya para que llegara antes.

Éste es el dibujo de nuestra pista. Así que esos once minutos que dice ahí que tardó la lombriz ganadora en llegar a la meta, muy confiables que digamos no son. Pero esos once minutos de estar con el cronómetro en la mano, alentando a la lombriz para que llegara, fueron memorables.

Esas fueron las cosas que a nosotros se nos ocurrieron hacer con las lombrices en ese momento. Podrían haber sido otras, claro. Porque lo importante no es tanto qué hacemos con los chicos en particular, si no, ir tirando de la punta del ovillo de esos temas que nos dan intriga para ver a dónde nos llevan. Como una aventura, como en un juego compartido. Y cualquier tema vale, incluso si no tenemos mucha idea. Porque no se trata de enseñar, si no de contagiar el amor por aprender. Y para eso no siempre hace falta saber.

Yo de lombrices, justo, sabía algunas cosas, no lo de los corazones, pero sabía. Pero los otros días vinieron mis hijos, por ejemplo, con un montón de preguntas sobre las guerras de la Independencia. Un tema que yo estudié. Todos ustedes también. Miles de veces como alumna y que nunca entendí demasiado, es más, siempre me pareció aburridísimo. Y aprender con ellos sobre eso fue todavía mejor. Porque me permitió desempolvar un tema que yo tenía lleno de telarañas, muy olvidado, y re conectar con mi propia curiosidad. Para mí ese es uno de los grandes combustibles que me hace tener ganas de hacer estas cosas con los chicos. Y el otro gran combustible es verlos a ellos aprender. Creo que hay pocas cosas tan emocionantes como ver a un chico o una chica ir armando su propio pensamiento, su propia visión del mundo.

Y en esto de armar el pensamiento viene la segunda clave: las conversaciones.

Desde hace tiempo sabemos también que para construir el pensamiento, el gran vehículo es el lenguaje. Y por eso es tan importante que cuando charlamos con los chicos, los vayamos ayudando a poner en palabras lo que piensan y por qué lo piensan. Y esto es importante, no sólo para nosotros, para ir tomando la temperatura de qué están entendiendo, que no e ir ayudándolos desde ahí. Si no, especialmente para ellos. Porque para ir ganando autonomía, para aprender a aprender, los chicos necesitan ir tomando conciencia de qué entienden y de qué no entienden todavía. Y de cómo se conecta eso nuevo que están aprendiendo con lo que ya sabían de antes. Esto sirve para todas las conversaciones, pero un buen momento para hacer esto con los chicos es, por ejemplo, cuando leemos con ellos.

En casa, cuando leemos libros con los chicos, vamos simplemente parando, para charlar, para charlar sobre la historia, sobre cómo se habrán sentido los personajes en cada parte, para charlar sobre si nosotros nos habríamos sentido igual en esa misma situación. Pensamos otros finales posibles. Por ejemplo, ¿qué habría pasado si la cenicienta se hubiera ido a las doce y media del baile? O pensamos si le recomendarían ese libro a otros chicos. ¿Qué les dirían para que tuvieran ganas de leerlo? O, por ejemplo, tratamos de ver quiénes escribieron esos libros. ¿Ya habíamos leído otro libro de ese autor o de esa autora? ¿Se parece en algo a éste que estamos leyendo ahora? O nos fijamos a quiénes están dedicados los libros.

El otro día, por ejemplo, un libro decía: "a Toto, mi fiel compañero de aventuras". ¿Quién sería Toto? ¿Su perro, su hermano, su mejor amigo? Y hacemos esto también para que los chicos se vayan dando cuenta de que los libros, y cualquier obra, como una película, una obra de teatro, un cuadro, un invento, no están hechos por súper héroes, si no por gente de carne y hueso, como ellos.

Aprender puede ser hermoso, pero también puede ser muy frustrante, requiere mucho esfuerzo. Porque tarde o temprano, nos vamos a topar con alguna situación que nos cueste, algo que no nos salga tan fácil y va a haber que seguir. Y para eso necesitamos estar motivados.

Y acá viene la tercera y última clave: los elogios. Y ésta me encanta porque creo que es la más fácil de implementar pero es la que todos hacemos al revés.

¿Qué hacemos las mamás, los papás, ni hablar de los abuelos cuando los chicos hacen algo bien? Los elogiemos, ¿no? Con las mejores intenciones queremos que ganen confianza, que estén seguros, que estén motivados. Y les decimos cosas al estilo:

-¡Qué bien, sos súper inteligente!

O:

-¡Qué genio, qué genia que sos!

Pero lo que la investigación muestra es que no todos los elogios ayudan. Es más, que algunos hasta pueden ser contraproducentes.

Hoy sabemos que cuando elogiamos a los chicos por su talento, por su inteligencia, los chicos empiezan a elegir cosas más fáciles, cosas que no los desafíen tanto. Se tiran a lo seguro. Por un lado porque no nos quieren defraudar a nosotros, pero también porque no quieren defraudarse a ellos mismos, a la imagen que están armando de sí  mismos.

Por suerte, cuando elogiamos su esfuerzo pasa lo contrario. Por ejemplo, si les decimos:

-¡Qué bien! Se nota que trabajaste mucho.

O:

-¡Cuánto que practicaste!

Los chicos siguen eligiendo cosas que los desafíen cada vez más. Porque los ayudamos a que se sientan en control del proceso.

Uno no tiene control sobre cuán talentoso es en algo, pero sí sobre cuánto se esfuerza para lograrlo.

En casa yo me volví un poco fanática de estos elogios al esfuerzo y mis hijos ya me descubrieron. Entonces, cuando hacen algo bien, suelen mirarme y decirme:

-Me esforcé mucho, ¿no mami?

Si lo pensamos, despertar el amor por aprender no es tan distinto de ser cazadores al acecho de esos momento de oportunidad donde podemos aprender junto con los chicos. Y no digo que sea tan fácil y tampoco digo que podamos hacerlo todo el tiempo. Pero creo que si lo hacemos, al menos a veces, podemos marcar una enorme diferencia. Y yo descubrí que eso genera momentos de encuentro familiar entrañables, maravillosos, que son de lejos mis momentos favoritos de todos estos años, y los que, ojalá, ellos recuerden cuando sean grandes y piensen en su niñez. Por eso, la próxima vez que algún conocido me pregunte:

-¿A qué escuela me conviene mandar a mis hijos?

Creo que ya tengo la respuesta. Les voy a decir que la pregunta fundamental no es esa, que es otra. Les voy a decir que la pregunta es:

-¿Qué les respondés a tus hijos cuando te pregunten "cómo hace una lombriz para respirar abajo de la tierra"?

¡Gracias!